

843
Z.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 2502
E 88
V. 2

— ES PROPIEDAD DE LA —
CASA EDITORIAL MAUCCI

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



LIBRO CUARTO

I

Pasaron cuatro años. Durante este tiempo, Mateo y Mariana tuvieron dos hijos más; una niña al año y un niño al cabo de dos. Y cada vez, a cada nuevo hijo, un nuevo lote de tierras ensanchaba los dominios de Chantebled. Aquella vez se obtuvieron primeramente veinte hectáreas de tierras fértiles que debían conquistarse de los pantanos de la meseta; después un lote de bosque y de arenales que los manantiales, convenientemente encauzados, empezaban a fertilizar. Era la conquista invencible de la vida, la fecundidad produciendo sin descanso; el trabajo creando sin tregua a pesar de los obstáculos y del dolor, infundiendo a cada momento nueva sangre en las venas del mundo, y, con ella, más salud, mayor dicha.

El día en que Mateo fué a hablar con Seguin de la compra de los arenales, encontró en su casa

a Serafina. Según, muy contento al ver la puntualidad con que se le pagaba, satisfecho de poder vender trozo a trozo aquel erial que no podía tragar, firmaba alegremente cada nueva escritura. Aquel día quiso convidar a Mateo; pero éste necesitaba volver a Chantebled, donde tenía gran trabajo a la sazón, y cuando dijo que temía perder el tren del Norte, Serafina, que escuchaba plácidamente a los dos hombres, terció en la conversación, ofreciendo a Mateo su carruaje.

—¿Quiere usted que le deje en la estación? Precisamente tengo que ir hacia ese lado.

Mateo la miró y no quiso hacer el ridículo, teniendo aun miedo de ella después de tantos años.

—Ciertamente, señora, se lo agradeceré a usted mucho.

En cuanto arrancó el coche, que era un cupé forrado de seda verde, se mostró Serafina franca como siempre y un tanto conmovida.

—¡Ah! no sabe, querido, cuánto le agradezco estos momentos de intimidad que acepta usted. Parece que huye siempre de mí. Diríase que tiene usted miedo de que le viole. Sin duda que recuerdo unas horas deliciosas pasadas a su lado de usted; pero todo eso está muy lejano y hace usted bien en no querer borrar ese recuerdo con una nueva realidad. Le juro que únicamente deseo tenerle por amigo y que es usted el único hombre que me inspira amistad. Así es que me será muy dulce poder contar a usted cosas que jamás se me ocurrirá decir a otros hombres y mucho menos a ninguna mujer. Si quiere usted complacerme, seremos buenos amigos, y no puede usted figurarse cuán reconocida le quedaré.

Estaba verdaderamente conmovida, y no se comprendía cómo aquella mujer, que no pensaba sino en los hombres para poseerlos y despreciarlos lue-

go, guardaba tanta estimación hacia el que, después de haberla poseído, la desdénaba. Habló fraternalmente, sintiendo un placer desconocido en confesarse con aquel hombre.

—No soy tan feliz como creen, amigo mío; ahora tengo siempre miedo... Sí, aunque no lo haya usted sabido, aunque no lo ha sabido nadie, he estado a pique de tener un niño. La suerte fué que aborté a los tres meses. Pero ahora temo que cualquier día voy a reincidir... Ya sé que me dirá usted que me case, que tenga hijos. No, no puedo. No soy sino una amante, y una amante apasionada, como debe usted recordar.

Y rió, a pesar de su melancolía, al recuerdo de lo pasado, y sus ojos llamearon de nuevo iluminando su rostro impúdico, rodeado de los rizos de sus cabellos color de fuego. La verdad era que cada vez sentía con más violencia el soplo de la lujuria. Confesaba orgullosamente sus treinta y cinco años, su madurez espléndida que no había podido imprimir una arruga en su rostro ni en su garganta de diosa. Pretendía, por lo contrario, ser más joven y apasionada que antes, y afirmaba que no sentía envejecer, sino ignorar el modo de gozar sin freno y no corriendo el riesgo de una preñez. Hasta entonces había sabido, gracias a su incomparable destreza, hacer que en el gran mundo se la recibiera y obsequiara y respetara, a pesar de que tomaba a pares y aun por medias docenas los amantes. Se murmuraba que, algunas noches, movida de su locura erótica, salía de su casa como las emperatrices romanas, vestida de criada, y en los barrios extremos se entregaba a los hombres, cuyas brutalidades la encantaban. Buscaba los monstruos y no había ayuntamiento carnal, por rudo que fuera, que no quisiese conocer. Naturalmente, esas excursiones noc-

furnas aumentaban los riesgos de una preñez, pues a veces se entregaba a borrachos que no querían escuchar nada, que no hacían caso de recomendaciones.

Mateo, sorprendido por tales confidencias, acabó por apiadarse como ante una enferma. Y sonrió involuntariamente a su vez, pensando en todos esos hombres y mujeres que creen engañar a la Naturaleza y que acaban por ser juguete de ella.

—¿No afirmaba usted que eso no podía ocurrirla?—contestó con alguna ironía.—¿Es que ya ha olvidado usted el famoso secreto?

—Nada se puede afirmar. Además, hay gente muy torpe. No siempre es posible preservarse.

Luego, olvidando que era una mujer, se puso a hablar como un hombre habla a otro, con igual libertad de lenguaje. Calló un momento, y después con una audacia feroz y soberbia, que indicaba claramente su deseo insaciable, añadió:

—Por otra parte, esos fraudes me dan horror y asco, y no hay nada tan bajo ni vil. Es el amor empuerquecido, echado a perder, asesinado. Es asqueroso pensar que dos seres que están delirando uno por otro, han de vigilar ese mismo delirio, a fin de que no se consume. Tanto vale decir al hambriento que no trague el bocado que ha mascado. Tanto vale no principiar para no acabar. Yo quedo asqueada y con más ganas que al principio, y le aseguro que lo arriesgaría todo si no fuese por el temor de comprometerme, de perder mi reputación, lo cual hace que sea tan cobarde como las otras.

Y continuó descocadamente diciendo que si había sentido algunos momentos deseo de satisfacer caprichos perversos, no le habían gustado al probarlos, y siempre había vuelto al hombre, al acto normal que no se cumple sino en estrecho y fuer-

te abrazo, olvidándose de todo. Ese afán de gozar sin medida, de pasar noches enteras consagradas al placer, era lo que le hacía desear un medio que hiciera innecesarios los fraudes y le diera el pleno goce sin temor alguno.

Cuando habló de nuevo del aborto, sin confesar que hubiese sido provocado, Mateo comprendió la verdad.

—Lo malo del caso es que ese aborto me ha trastornado. Me puse en manos de un médico joven, muy discreto, muy amable, muy entendido, que hace tres meses me visita casi a diario. Lo he preferido a una de esas celebridades médicas, porque comprometen fácilmente, aun sin mala intención. Mi doctor me dice que ahora, al menor contacto, corro el riesgo de quedar en cinta, pues parece que ahí dentro hay algo que ha bajado, que ha cambiado de sitio, qué sé yo. El doctor dice que se puede intentar una operación; pero me causa grima pensar en ella.

Mateo hizo un gesto de extrañeza.

—¿Es, pues, grave, la dolencia de usted?

—Sin duda—replicó con aire de profunda piedad hacia sí misma.—Hay días que siento unos dolores intolerables. Es evidente que si el médico habla de una operación, es que debe comprender que hay necesidad de hacerla. Pero no operaría él mismo. Me llevaría a la clínica de Gaude, para que éste me examinara y me operara si era preciso. ¡Me parece que nunca acabaré de decidirme!

En efecto, pareció pasar por sus ojos una sombra; la del temor que le inspiraba el contacto del hierro. El miedo y el deseo de la impunidad entrechocaban.

Habiéndola mirado, Mateo no dudó ya.

—Me han asegurado que esas operaciones son muy peligrosas y que sólo se puede recurrir a ellas

cuando hay riesgo de muerte. Si no, las pobres operadas se exponen a sufrir mucho y a tener una desilusión completa.

—¡Oh!—exclamó Serafina con calor,—ya puede usted pensar que, si me atrevo a dejarme destrozarse, será después de haberme enterrado, y cuando ya no pueda pasar por otro camino. Gaude operará uno de estos días a una hija del tío Moineaud, ese obrero que está en la fundición de mi hermano.

—¿Una hija de Moineaud?—preguntó Mateo sorprendido.—Debe ser Eufrasia, que se casó hará unos cuatro años y que tiene ya tres hijos. He tomado en casa a una de las pequeñas de Moineaud, Cecilia, que va a cumplir diecisiete años, y temo que no pueda resistir el trabajo, pues siempre está malucha. Ahora las hijas de los obreros son neuróticas y desequilibradas como las duchesas. Hay padres que son bien desdichados, pues todos sus hijos salen enfermizos, y además de sentirlo por la sociedad, esto da armas a cuantos se empeñan en suprimir o, cuando menos, en limitar la familia.

Serafina rió de buena gana, olvidando su enfermedad. Y al ver que se detenía el coche:

—¡Vaya, ya estamos en la estación! ¡Y yo que quería contar a usted una porción de cosas!... De todos modos, estoy contenta por haber hecho las paces con usted, que parecía crearme incapaz de sentir la amistad. ¡Ea! ¡Un buen apretón de manos, como dos camaradas!

Se estrecharon la mano y Mateo miró cómo se alejaba el coche, muy sorprendido de aquel nuevo aspecto de Serafina. Pensó que quizá al hacer sus confidencias en forma tan cruda, quizá iba en busca de una nueva sensación. Pensó también en la vida que llevaría aquella mujer durante al-

gunos años aún, empujada por su lujuria, jamás satisfecha ni calmada. Mainfroy, el médico joven a quien se refería Serafina, era un muchacho delgado y correcto, serio y amable a un tiempo siempre puesto de levita y chistera, que reclutaba una de esas clientelas de mujeres que aseguran a algunos médicos desconocidos y nada listos, grandes ganancias. Tenía por sistema dar importancia a las más ligeras indisposiciones, a los menores desarreglos nerviosos, recetando mucho y sin cometer jamás la tontería de caer en brazos de una cliente, pues mujer que se entrega a su médico, es enferma que no paga.

Esta reserva fué la que le dió ascendiente sobre Serafina, que admiraba su fuerza de voluntad para resistir a la tentación perenne. Llamado por casualidad por una camarera, advirtió al primer golpe de vista lo que había ocurrido, la causa voluntaria del aborto. Pero nada dijo y se limitó a asustar a la paciente diagnosticando una enfermedad que podía ser peligrosa si llegaba a tener carácter crónico. Ella se asustó al verle menear la cabeza, al oírle murmurar medias palabras que no presagiaban nada bueno. No era mejor ni peor que la mayoría de los médicos; creíase honrado, a carta cabal; pero esto no obstaba para que fuese un corredor o proveedor de algunos cirujanos célebres, a los que llevaba clientes, mediante el cobro de una prima razonable. Después, no le importaba un bledo lo que ocurría. Él había sido un intermediario amable, y era al médico célebre, al príncipe de la ciencia, a quien incumbía toda la responsabilidad en lo sucesivo. Desde entonces y durante cerca de un año, representaron Mainfroy y Serafina una comedia lenta, en la cual ambos podían creer que obraban de buena fe. No sabían a punto fijo cuál fué de los dos quien primera-

mente habló de una operación. Casi todas las semanas hacía una visita y ella le enviaba a buscar si no iba, exagerando sus padecimientos, hablando de atroces dolores. Entonces salía a relucir esa operación que podría curarla de una vez. Pero él no se decidía; prefería guardar para sí aquella cliente que pagaba bien. Pero temió que se le escapara de entre manos, que fuera ella misma a la clínica célebre. Comprendía que sus dolores eran tolerables y que podría soportar la inflamación crónica que padecía, la cual ya hubiese desaparecido si no cometiera excesos todas las noches. Pero comprendía también que la gran señora no quería esperar más. Y un día habló de un quiste, sin afirmar nada; citó el nombre de Gaude y, en principio, decidiéronse por la operación. Pero transcurrieron todavía muchas semanas, por el miedo grande, atroz, que sentía acerca de los resultados. De continuo hablaba a Mainfroy para que le asegurase si persistirían los deseos y el goce. Algunas amigas le decían que no. Tal era la ansiedad que la detenía. Suprimir el hijo, suprimir el temor que ahora acibaraba sus goces, ¡magnífico! pero, ¿y si suprimía con el órgano y la función, el deseo, aquel goce que era su vida? El médico se reía, se encogía de hombros, afirmando que de cada diez veces, nueve por lo menos, la operación era feliz, y las mujeres se mantenían frescas hasta los cincuenta años y mucho más ardientes que antes: este era el único peligro en realidad. El día en que Mainfroy le dio aquella seguridad, le hizo callar, como asustada, sobrecogida de un temor púdico; pero sus ojos y su boca denunciaban la alegría que la dominaba.

— ¡Ah! doctor... ¿Y si luego me tiene usted que cuidar para calmarme?... Me río; pero crea que

desde ayer sufro horriblemente. Tengo mucho miedo; pero ya que no hay otro camino, lléveme usted a casa de Gaude y que obre como quiera, ya que dice usted que hace milagros.

— Sí; todos los periódicos hablan de su última operación. Ya sabe usted que ha curado a Eufrasia, esa obrera de que le hablé. Ahora está buena y sana, y era un caso parecido al de usted, pues se ha hablado de un quiste maligno.

Serafina le interrumpió:

— Es verdad. Iré a verla. No diga usted nada a Gaude hasta que la haya visto.

Eufrasia Moineaud, desde que se casara con Augusto Bénard, el albañil que se prendó de su personita flacucha y avinagrada, vivía en la calle Carolina, en el barrio de Grenelle, en un gran cuarto que servía de cocina, de comedor y de dormitorio. Había un cuartito obscuro que cuando vinieron y crecieron los niños, se utilizó para los mayorcitos, que eran dos mellizas. La cama del pequeñuelo, un niño, estaba a los pies de la cama del matrimonio.

Eufrasia, que había abandonado la fundición, hacía allí prodigios de limpieza, mandaba como reina absoluta, de todos temida y respetada, cuando unos dolores terribles, poco después de su último parto, la dejaron casi paralítica. Se empeñó, sin embargo, en luchar contra el mal, sin oír las observaciones de su marido, que temblaba ante aquel marimacho rojo. Al cabo fué al hospital y volvía ahora de la clínica del doctor Gaude, curada ya, según decían. Durante quince días, los periódicos hablaron del triunfo del célebre cirujano, de aquella obrera joven atacada de una enfermedad horrible, arrancada a una muerte cierta y devuelta a su esposo y a sus hijos, más robusta y fuerte que nunca. Era la obra maestra, el ejem-

plo decisivo para las señoras que quisieran intentar la operación. La mañana en que Serafina fué a ver a Eufrosia, halló a toda la familia reunida. Bénard, cuya obra estaba próxima, almorzaba en una esquina de la mesa, y Eufrosia, en pié, barría, echando pestes contra los tres arrapiezos, que no servían sino para ensuciar. La tía Moineaud, que fué a ver a Eufrosia, estaba sentada, retorciendo una punta del delantal, muy envejecida y derringada.

—Sí—dijo Serafina;—he leído la curación de usted y he querido felicitarla, acordándome que la había conocido a usted en la fundición, años atrás. Y como tengo una amiga que se halla también mala como usted estaba, deseaba enterarme.

Aquella pobre gente estaba extrañada de tal visita. Conocían a la baronesa y recordaban cuánto se había dicho acerca de sus grandes riquezas y de sus aventuras, algunas de las cuales se contaban en voz baja en la fundición.

La verdad es, señora, que la cosa no ha ido del todo mal—dijo Eufrosia, de pié y apoyada en la escoba, mientras el albañil acababa de almorzar y la Moineaud callaba.—Yo no quería ir al hospital, porque el doctor Boutan me había dicho que podía curarme en casa, tomando muchas precauciones. Pero me dijo que no podía trabajar, y ya comprenderá usted que esto es imposible para una mujer que tiene marido e hijos. De modo que, un día que me sentí peor, me decidí.

—¿Y le hicieron a usted en seguida la operación?

—No, señora; no se pensaba en ella siquiera. La primera vez que me hablaron, me enfadé y quise salir, porque pensé que me estropearían y que mi marido se apartaría de mí. Los médicos

se echaron a reír, replicando que si quería morir, no podían oponerse. A los ocho días, me dijeron que al cabo de un mes me moriría, y como esa perspectiva no me gustaba, les pregunté si era muy grave lo que tenían que hacerme, diciéndome que no, que era cosa corriente, que muchas mujeres se hacían operar sin estar muy malas; que apenas se sentía el dolor... Y he ahí cómo me dejé operar de buena gana, y ahora estoy contenta de haberlo hecho.

—De todos modos—dijo Bénard, con la boca llena,—me parece que el domingo, que estuve una hora a tu lado, podían haberme advertido que te lo iban a sacar todo. Eso me parece que interesa al marido, y me parece que no debieron hacer nada sin consultarme... Tú misma no sabías de qué se trataba, y has quedado pasmada al saber que ya no tenías nada.

Eufrosia se irritó y le hizo signo de que se callara.

—Sí, me previnieron... pero no de un modo claro. Veía lo que les pasaba a las demás y que no iba a encontrarme entera. En fin, ¿qué quieres? Un poco más o un poco menos, poco importa, desde el momento en que no se ve. Prefiero esto a una cicatriz en la mejilla.

Pero su marido continuaba protestando.

—Te digo que debieron prevenirme. Debieron empezar por decirte que, después de quitártelo todo, ya no podrías tener hijos.

Y se puso a comer de nuevo, después de desencadenar una tempestad.

—¡Cállate, cállate!—dijo.—¡Vas a ponerte enferma de nuevo! ¿No tienes bastante con tres hijos? ¿Querías hacer una piara, como mi madre? Veamos, señora; ¿no le parece a usted que ya

son bastante tres hijos, para unos pobres como nosotros?

—¡Dios mío!—replicó Serafina;—creo que sobran los tres. ¿Y la operación es dolorosa?

—No se siente; la hacen cuando una duerme. Cuando se vuelve en sí, no es muy agradable que digamos; pero se puede soportar.

—¿Y está usted curada?

—Me dicen que sí... Antes sentía en los riñones y en los muslos unos dolores intolerables. Ahora no tengo sino ligeras crisis, y me han prometido que desaparecerán cuando todo esté cicatrizado.

Lo que le fastidiaba es que no recuperaba las fuerzas. Pasaba el día limpiando la casa, siempre con la escoba en la mano, obligando a su marido a no escupir, a estarse quieto, a quitarse los zapatos de la obra cuando entraba en su casa. Y después lavaba y peinaba a los chicos; pero en mitad de esas operaciones caía vencida, derrenegada sobre una silla, maldiciendo la debilidad que sentía desde que salió del hospital.

—Ya lo vé usted, señora—dijo dejando la escoba y sentándose;—al cabo de diez minutos ya estoy cansada. En fin, es preciso tener paciencia, ya que me han asegurado que luego estaré más fuerte que antes.

Aquello interesaba muy poco a Serafina, que ardía en deseos de hacer una pregunta, que no sabía cómo formularla. Acabó por atreverse, mirando a Bénard con su tranquilo descoco.

—La verdad es que un marido consiente en no tener hijos; pero debe ser cruel si no halla entre sus brazos una mujer que sienta, que goce como él.

Bénard comprendió y se rió a carcajadas.

—¡Ah! ¡Ah! Crea usted, señora, que desde que

ha vuelto, si la escuchara, no cesaríamos de divertirnos.

Eufrasia le hizo callar de nuevo. Serafina, encantada de lo que había oído, iba a levantarse, cuando la Moineaud, que hasta entonces había parecido dormitar, empezó una charla descosida, interminable.

—Sí, es verdad, he tenido un regimiento de hijos; pero no me duele, pues eso le gustaba a tu padre. Pero ni él ni yo hemos sido recompensados. El continúa trabajando en la fundición hasta reventar, desde que Víctor fué al servicio, donde un día le matarán, como a Eugenio. De los tres chicos, no tenemos en casa sino a ese maldito Alfredo, que huye de la escuela como el demonio, más vicioso a los siete años, que un chico de quince. Y de las hijas... Irma es la única que está con nosotros, y creo que cualquier día va a perderse, según lo perezosa que es; lú por poco te mueres. Cecilia ha entrado en el hospital. Y en cuanto a esa desdichada Norina...

Movió tristemente la cabeza y continuó su letanía de desdichas recordando la triste suerte de su marido, bestia de carga que durante veintinueve años había dado vueltas a la noria; y augurando que sus hijos tendrían igual suerte que sus padres. Al nombrar de nuevo a Norina, fué violentamente interrumpida.

—¡Ya sabes, mamá—gritó Eufrasia,—que no quiero oír ese nombre!... Es una vergüenza. El día que la vea, la abofeteo. Me han dicho que ha tenido otro hijo, ¡y Dios sabe lo que habrá hecho de él! El día que la holgazana de Irma se pierda, lo deberá al mal ejemplo de la otra.

Todo el odio que le había inspirado su hermana, gorda y linda, se despertaba en aquel cuerpo

demacrado y feo, animado por un carácter de una violencia extrema, temida de todos. Ni la madre ni el marido se atrevieron a replicarle, por temor a provocar una crisis al contrariarla.

—¿Decía usted que Cecilia está en el hospital? —preguntó Serafina.

—Sí. Había tenido la suerte de entrar en casa los Froment; pero se ha puesto enferma. Se quejaba primero de un dolor intolerable, de algo que la ahogaba al respirar, como de un hierro que le taladrara los sesos. Luego el mal le atacó los riñones y los muslos, y ahora nó puede moverse. Le van a hacer la misma operación que a Eufrosia.

—Para una chica de diecisiete años, es bonito—dijo Bénard levantándose.

—Me parece que no es más buena que yo—replicó agriamente Eufrosia.—Supongo que se dejará operar si es necesario, a menos que prefiera reventar.

Serafina se despidió dando una peseta a cada niño, lo cual hizo que todos le dieran mil gracias. Al día siguiente encargó a Mainfroy que tomara datos de lo que podía ocurrirle a Cecilia, y decidió no presentarse a Gaude hasta saber el resultado de la nueva operación. En el hospital, Gaude era el rey absoluto de tres salas de mujeres. Era un cirujano de primer orden; una inteligencia escogida que tenía a su servicio un pulso y una destreza jamás igualadas. Sentíase orgulloso de su arte; no tenía escrúpulos; pero aun cuando le gustaba operar sobre clientes ricas y ganar así grandes sumas, prefería más aún la gloria y la nombradía que el dinero. Hubiese deseado que París entero presenciara sus operaciones. Dibujantes y fotógrafos le habían popularizado, con su mandil blanco y los brazos desnudos, seme-

jante a un dios que daba o quitaba la vida a su voluntad. No había nadie como él para abrir un vientre, sacar de él lo que le convenía y coserlo en un periquete. A veces lo abría de nuevo para asegurarse de que todo había quedado bien. Si se encontraba con que el diagnóstico estaba equivocado, si se le ofrecía a su lanceta un órgano sano, cortaba igualmente, no queriendo cerrar la llaga sin haber extirpado algo. Gracias a la asepsia, aquello era para él un juego de niños. Y de uno a otro extremo de París circulaba la fama de sus operaciones, lo que le convertía en un ídolo cubierto de oro, en un castrador soberano de todas las millonarias alocadas. Cuando Serafina, conducida por Mainfroy, entró en la gran sala encalada, con camitas blancas ocupadas por pálidas mujeres, tuvo la sorpresa de hallar a Mateo en la cabecera de la cama de Cecilia, operada algunos días antes. Supo la operación, y había ido a verla, movido por la simpatía que le inspiraba aquella desdichada. Estaba de pié, inmóvil, contemplando a Cecilia, que sollozaba. Daba lástima ver aquella muchacha pálida y enteca que acababa de sufrir una operación tan tremenda, sollozando, anegada en llanto, desesperándose sin tregua.

—¿Qué tiene?—preguntó Serafina.—¿Acaso ha salido mal la operación? ¿Padece mucho?

—Sí, la operación ha salido bien—replicó Mateo;—parece que ha sido una maravilla, y, además, no produjo casi ningún dolor.

—Entonces, ¿por qué llora?

Mateo miró a Serafina que se sonreía, y dijo:

—Acaban de decirle que, si se casa, no podrá tener hijos.

—¿Y por eso llora?

Mateo advirtió la burla que envolvían las palabras de Serafina, y dijo con gravedad:

—Sí, parece que hay muchachas miserables, enfermas y sin un cuarto, que sienten no poder tener hijos.

Serafina se había aproximado a la cama y se esforzaba en consolar a la muchacha, en calmar su dolor, para poderle hacer algunas preguntas. Cecilia acabó por contestarle, apartando los descoloridos cabellos del rostro ajado.

—¿No sufre usted, hija mía?

—No, señora.

—Pero, ¿ha sufrido mucho durante la operación?

—No, señora; no me acuerdo; no puedo decirselo.

Y de nuevo rompió a llorar, a llorar sin consuelo. ¡Recordaba que se lo habían quitado todo, todo, y que jamás, jamás podría tener un hijo! Sabía cuanto hay que saber del amor y de la maternidad, a pesar de ser virgen segada en flor; sentía la desolación de la madre; clamaba en ella una voz instintiva de desesperación infinita, que hacía correr un río de lágrimas.

De repente sonó un alegre murmullo en la sala. Gaude entraba para enterarse de cómo estaban sus queridas castradas, a pesar de que no era la hora de la visita. Le acompañaba Serraille, un muchacho de pelo rojo, feo y antipático. Gaude estaba alegre y hermoso en aquel dominio suyo. Cuando advirtió que lloraba Cecilia, a la que llamaba «su alhajita», se acercó y quiso saber por qué estaba tan afligida. Cuando lo supo, sonrió con bondad.

—Ya se consolará usted, niña. Eso es una cosa que se olvida pronto.

Gaude era un solterón empedernido, un hombre infecundo que despreciaba profundamente a sus semejantes. Creía que cuantos menos hubiese

mejor; y que siempre habría bastantes necios. Sentía un verdadero regocijo cada vez que castraba una mujer, y se decía que únicamente jugaba y se entretenía con las que había operado.

Mainfroy, después de hablarle un instante aparte, le presentó a la baronesa de Lowicz. Saludáronse, hubo un cambio de cumplidos y quedaron entendidos a las primeras palabras. A la semana siguiente, Serafina iría a casa Gaude. Al alejarse para seguir su inspección por la sala, estrechó la mano del correcto Mainfroy y la de Serafina. Cecilia continuaba llorando y no atendía.

—Ya veo que está usted decidida—dijo Mateo al salir con Serafina;—es muy grave.

—¿Qué quiere usted? Sufro demasiado—contestó tranquilamente.—Y además, no me deja vivir el miedo. Quiero acabar de una vez.

Serafina, quince días después, fué operada en una casa de curación de unas monjas. Parecía un convento, y entre aquel silencio y quietud claustrales, Gaude operaba, castraba a las que llamaba «sus grandes damas». Le ayudó Serraille, cuya fealdad le hacía repulsivo a las enfermas; pero Gaude sabía que le era fiel, que era un chico enérgico, indignado de la antipatía que inspiraba, resuelto a todo, con tal de hacer rápidamente fortuna. La operación resultó maravillosa; el órgano fué extirpado y desapareció como entre las manos de un hábil escamoteador. Serafina, que no estaba enferma, sino fuerte y sana, soportó perfectamente la operación y volvió a aparecer en los salones del gran mundo como quien vuelve de las orillas del mar o de una excursión a los Alpes. Mateo, que la vió entonces, quedó estupefacto advirtiendo su insolente alegría, el deseo que resplandecía en su rostro y fulguraba en sus ojos, siempre en acecho de una nueva presa, y en los

que se retrataba la disipación de sus noches, el desbordamiento y la inanidad de sus voluptuosidades. Una mañana que Mateo almorzó con Boutan, hablaron de ello. El doctor conocía perfectamente aquel asunto. Habló con amargura, irri-tándose a medida que hablaba.

—Gaude—dijo,—es, por lo menos, un cirujano de primer orden, y creo que cede únicamente a la sugestión que su arte ejerce sobre él. Pero si supiera usted las atrocidades que cometen los que le toman como ejemplo, y las desdichas que acarrearán a su patria y a la humanidad... Castrar así a una mujer cuando no es necesario, es un crimen. Es preciso para ello que haya peligro de muerte, que se reconozca la necesidad imprescindible de la operación. De cada veinte mujeres que se opera hoy, quince, por lo menos, podrían curar a fuerza de cuidados. Las dos Moineaud han sido operadas sin necesidad; Eufrosia hubiese curado de la inflamación que tenía y Cecilia de fijo que no tenía sino fuertes neuralgias. Operar cloróticas y nerviosas, es una indignidad, digna de un presidio. Hasta se dice que ha operado a locas furiosas, para calmarlas... Es la locura dominante hoy. Unos y otros, del más alto al más bajo, se enriquecen con esa industria infame. Tan pronto se arranca la raíz de la vida de una mujer en plena maternidad, como se la extirpa en flor a una virgen. Se corta, se corta sin descanso, dondequiera y siempre. A la menor sospecha, se opera; se opera sin prevenir al marido, al padre, a la paciente, que no se enteran del daño hasta que ya es irremediable. En los hospitales se castra de dos a tres mil mujeres cada año. En diez años han hecho más destrozos los cirujanos sin conciencia, que las ba-las prusianas en 1870. Solamente en París, hay de treinta a cuarenta mil castrados. Se estima en

quinientas mil, en medio millón, las mujeres de Francia a las que se ha arrancado la flor de la maternidad, como se arranca una mala hierba. ¡Medio millón! ¡Dios mío! ¡medio millón de monstruos inútiles!

Después de citar esas cifras con dolorosa cólera, añadió:

—Lo peor del caso es que no se dice la verdad; que las estadísticas que presentan, mienten. Engañan a las clientes futuras, y no realizan casi nunca las esperanzas que han hecho concebir. Todas esas operaciones son mentirosas, porque aun cuando no mueran las operadas, de momento, quedan convertidas en caricaturas lastimosas de mujer. No sirven para nada. Van extinguiéndose poco a poco, sin provecho para nadie. Son un estorbo y una carga para la sociedad. No se cura un órgano suprimiendo una función. Únicamente se consigue hacer monstruos, y los monstruos son la negación de toda salud, de toda dicha. Como resultado, no hay sino vida perdida, asesinatos a millares, miseria y desolación.

En Chantebled, Mateo y Mariana fundaban, creaban. Durante los cuatro años, quedaron de nuevo victoriosos en el eterno combate entre la vida y la muerte, por aquel crecimiento de hijos y de tierras fértiles, que formaban parte de su existencia, que eran su salud y su fuerza. El deseo alimentaba en ellos su llama, el deseo creador les fecundaba, y su energía, su voluntad encaminada al bien hacia los demás. Pero, durante los dos primeros años, tuvieron que sostener ruda lucha antes de lograr la victoria. Hubo dos inviernos terribles de nieves y heladas y cuando soplaban los vientos de marzo, el pedrisco y los huracanes tronaron las mieses. Como se lo había amenazado Lepailleur, la tierra pareció convertirse en

madrastra, ingrata para el trabajo, indiferente a las pérdidas. Aquellos dos años tuvieron suerte de las nuevas veinte hectáreas arrendadas a Segúm y ganadas a los pantanos, cuya primera cosecha fué prodigiosa. A medida que aumentaba, el dominio podía soportar las pérdidas parciales. También los niños le hicieron pasar graves inquietudes y fatigas. Como para la tierra, había que librar continuas batallas para vencer. Gervasio estuvo a pique de morir de una fiebre maligna.

Rosa les dió un susto tremendo cayendo de un árbol. Pero los tres mayores, Blas, Dionisio y Ambrosio estaban robustos y fuertes como un roble. Cuando Mariana parió su sexto hijo, una niña, a la que pusieron el nombre de Clara, Mateo se regocijó lo indecible. Luego, durante los otros dos años, continuaron las eternas luchas, las tristezas y alegrías que terminaban al cabo en un triunfo. Mariana tuvo un nuevo hijo, Mateo adquirió nuevos lotes de tierra. Siempre mucho trabajo, mucha vida consumida, mucha vida creada. Aquella vez se ensanchó el dominio por el lado de las pendientes areniscas y pedregosas que los arroyuelos encauzados empezaban a fecundar después de mucho trabajo y muchos desengaños, que logró vencer la firme voluntad de los esposos. Pero las cosechas fueron buenas, y algunas cortas del bosque produjeron grandes ganancias. Los niños crecían al compás de la propiedad. Los mayorcitos iban a un colegio de París, tomando cada mañana el tren y volviendo por la tarde como unos hombrecitos. Los tres pequeños, Rosa, Gervasio y Clara, se criaban libremente, creciendo en pleno campo.

No tuvieron enfermedades graves, sino esos males de mentirijillas que se curan con una caricia, esas lágrimas que seca un rayo de sol. Pero el

parto del séptimo hijo fué tan laborioso, que Mateo temió perder a su mujer. Había caído volviendo del corral y tuvo que meterse en cama y parió al día siguiente, a los ocho meses, sin que Boutan se atreviera a responder de ella ni del niño. Fué una alarma tremenda; pero venció la naturaleza robusta de la madre, en tanto que el niño, Gregorio, se indemnizaba del tiempo perdido mamando sin descanso, bebiendo vida en su seno, fuente de la existencia. Cuando Mateo la vió sana y fuerte, con el pequeñuelo en brazos, la besó apasionadamente, porque vencía una vez más a pesar de todo y de todos. Tenía un nuevo hijo, es decir, nueva riqueza y más poder, una nueva fuerza lanzada al mundo, otro campo sembrado para lo porvenir. Así continuaba la gran obra, la nueva obra, la obra de fecundidad ensanchada por la tierra y por la mujer, vencedora de la destrucción, creando subsistencias a cada nuevo hijo, amando, queriendo, luchando contra el dolor y la muerte, buscando sin cesar más vida, más esperanza.

II

Transcurrieron dos años más; Mateo y Mariana tuvieron otra niña. Y en tanto que se acrecía su familia, el dominio de Chantebled se ensanchó con treinta hectáreas de bosque que llegaban a lindar con los campos de Mareuil, junto a la ferrovía. También fué preciso levantar de nueva planta una porción de construcciones, pues el antiguo pabellón de caza no podía albergar a los numerosos obreros, y hubo que construir cobertizos y corrales y habitaciones para todo el mundo, para todos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

17 de 1625 MONTERREY, MEXICO